

portando una crisis de la que no es posible salir por la inutilidad de los gobiernos municipales ó nacionales que gastan el dinero en malos empleados ó en sus favoritos á costilla de los que mueren y agoniza de hambre; mientras que á los empleados honrados y trabajadores se les tiene con sueldos miserables, ésto cuando no les tocan retirada por chismes de los monaguillos de incensario.

Esta capital está de plácemes. Suponed, queridos lectores, que en nuestro gobierno local, por obra y gracia de los espíritus adelantados, se han desarrollado magníficos mediums que en sus sesiones anuncian con grande aplomo y certeza que el comercio mejorará grandemente en cuanto la Municipalidad tenga por su cuenta el Mercado. Esta maldita comunicación, rectificada por los parlantes es la culpable del 10 oyo para principiar el negocio.

Con razón un comerciante del Mercado andaba como gata de p...a...r... anunciando á sus colegas la venida del nuevo mesías, pero que firmaran el escrito que portaba y fueron tan *suaves* que firmaron su propia sentencia de muerte.

Y me dirán ¿y el sentido común?... Yo les diré: Me le dan memorias....

EL ELECTOR REPUBLICANO

LA PRENSA EN COSTA RICA

"La Prensa se convertirá en el más admirable de los instrumentos el día que deje de estar en manos de los bandidos de la política y la banca que embrutece y saquean al público". —E. ZOLA.

La misión de la prensa en el mundo intelectual y moral es la más noble y levantada.

Por medio de su pujanza se pueden conseguir grandes beneficios en favor de los oprimidos.

Es la llamada á colaborar —por medio de su voz—por el bienestar de la nación, censurando lo malo é impulsando lo bueno, salvando al inocente y señalando al culpable.

Es la llamada á elevar el nivel intelectual en la juventud.

La prensa, para que llene su cometido si quiere ser honrada, no debe mirar escalas sociales, ni arriba ni abajo sino que debe sujetarse á su misión: cumplir con su deber.

Como la voz de la prensa es escuchada por públicos numerosos, está comprometida de hecho á dar noticias basadas en la verdad; hacer lo contrario es explotar al público.

La misión de la prensa no puede ser más levantada; pero esto sucede sólo cuando está bien dirigida.

Así como también es la más corruptora y perjudicial cuando, apartándose de toda hidalguía y honradez, entra al campo del mercantilismo; allí se despoja de sus blancas vestiduras para vestir trajes de diferentes colores—colores que significan circunstancias,—dobla la rodilla y rinde culto al becerro de oro.

Para incensar al culpable que paga desfigura los hechos, confunde la verdad ó de una manera sagaz y servil le tiende los brazos y lo llena de adulaciones: así le cubre la lepra ante el criterio de la opinión pública.

—La prensa local—nuestro "cuarto poder"—está ulcerada de mercantilismo; nuestros periódicos son puramente comerciales; su misión es dar noticias espeluznantes; celebrar *interviews* con embajadores y diplomáticos (á la par que publican su cliché), hacer crónicas de bailes y gacetillas; en todo esto van los mismos estribillos adúladores de siempre.

No obstante salen de vez en cuando artículos de gran importancia, pero esto lo hacen los que colaboran espontáneamente y personas ajenas quizá al periódico en que colaboran. Pero los periodistas asalariados, los que escriben todos los días, rara vez se preocupan por algo de interés general; menos si para esto se necesita lastimar alguna epidermis delicada porque aquí tropiezan con la dificultad del Director que, poniéndose el índice en los labios, murmura: hay que guardar silencio; si se ataca á ese señor nos retira el aviso.... Y así marcha nuestra prensa.

Pasan tiempos y no se ve una iniciativa para el adelanto de la nación.

Hace certámenes de belleza en lugar de hacerlos por algo más útil que vaya en pró del bien común.

Es bien poco lo que se le debe á nuestra prensa por sus iniciativas.

Como sancionadora de actos públicos deja mucho que desear; á veces parte de un confite con él ó los delincuentes. Si tiene que hacer censuras de acciones malas ó de oscuros manejos de nuestros gobiernos lo hace con guante de seda, salva responsabilidades y habla con indirectas. ¿Qué sanción moral hay así?

Sobre justicia todos nuestros diarios están mal, pésimamente mal. Si por las alturas ó por los que poseen bolsas de oro pasa algo sombrío y vergonzoso aparentan una hipócrita ignorancia del asunto y hablan en *se corre el rumor....* para así quedar salvos. En cambio, si el desgraciado es

un pobre de la plebe, un humilde del montón, entonces sí; con una hidalguía provisional sueltan el furor de su candente palabra, en planas enteras gritan furiosos ¡castigo! ¡castigo! para la víctima, hasta que consiguen hundir al hundido, abochornar al abochornado.

Ya este desequilibrio injusto llega á las narices del pueblo que empieza á comprender y analizar.

La verdad debe relucir con sus luces fulgurantes en la prensa. La verdad se impone sobre todas las cosas. Rendir culto á la verdad es rendir culto al Cristo porque él por la verdad murió.

La prensa tiene un campo sano donde accionar: este campo es la verdad. Pero antes es preciso—para llegar al pedestal donde está elevada—poseer valor, sufrir por invocarla y no sustentar hipocresías. A pesar de estas pruebas es necesario, para que haya honradez, para no explotar con el engaño, para no corromper y embrutecer las masas, que la prensa llegue á la verdad y le rinda culto: *el único culto que deben venerar los hombres.*

Lo demás es accesorio porque habiendo verdad hay sanción, derecho y justicia.

MIGUEL

Continuará

¡SIEMPRE ELLOS!!

Una de estas noches hubo un baile en un pueblo de Cartago, en una de las casas en que veranea un familia josefina. Hasta aquí vamos bien; la introducción es *pianissimo*. Pero luego vienen los *altos efectos* orquestales, á eso de las diez de la noche, en que la autoridad toma la batuta y ordena la retirada. Contrapuntos.

—¡No se baila más!

—¡Siga la música, compadre!

—Píiiii..... ¡afuera los machetes!

—¡Afuera los revólveres! ¿Cómo vamos á obedecer á la autoridad que entra en casa con sombrero puesto?

—La policía cuando entra á un baile no es á pedir *kola* ni *cola* y ¡ay! del que le pise la *cola*.

—Pues ahí va el gordo: ¡un atleta que los hará trizas!

Todos los palidejos de cuello almidonado ríen de satisfacción, como si acabaran de soltar un toro de Miura que ha de revolcar al más valiente.

—¡Ay! ¡ay! Las niñas se desmayan.

—¡Ay! ¡ay! el foot-ballista, condecorado y todo, se arquea como los gatos al sentir el *planazo* y se retira del combate chupándose la mano y lavándose la cara. Y es que no pu-